

Olga García
Yero

*Ramón Meza en su
centenario*

Ramón Meza ha sido, inexplicablemente, una figura poco estudiada por la crítica literaria cubana. Cuando se lo ha abordado, solo se ha tenido en cuenta su obra narrativa, en especial esa impactante novela que es *Mi tío el empleado*, a la que José Martí calificara como «una mueca hecha con los labios ensangrentados». ¹ Poco se conoce hoy de la ensayística de Meza, en la que mostró no solo su agudeza crítica, sino también una amplia y sólida cultura. Por otra parte, están sus artículos periodísticos, la mayoría de ellos publicados en *La Habana Elegante*, *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, *Cuba y América*, *Revista Cubana*, *El Fígaro* y *Patria*, entre otros que, junto a sus libros, hacen de este hombre uno de los escritores más prolíferos de su tiempo. Además, está el Meza dramaturgo e historiógrafo, al que apenas se le ha dedicado atención. ¿Cuál es la razón para no repasar hoy las páginas de un hombre que estuvo relacionado con lo mejor de la intelectualidad y la ciencia insular de fines del siglo XIX e inicios del XX? ¿Qué ha pasado con la figura que estuvo no solo al lado de Julián del Casal, sino también de Manuel de la Cruz, Enrique José Varona, Aurelia Castillo de González, Cirilo Villaverde y tantos otros? José Lezama Lima, al cumplirse el centenario del natalicio de Ramón Meza, argumentaba al respecto: «Casi todas las literaturas tienen esas figuras descono-

¹ José Martí: «Mi tío el empleado. Novela de Ramón Meza», en *Obras completas*, t. 5, p. 26, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

cidas, que al paso de la secularidad han cobrado un brillo decisivo. Platón, por ejemplo, según nos relata Diógenes el biógrafo, tuvo un contemporáneo al que los griegos prefirieron, todas sus obras se han perdido, no obstante, hoy reconstruimos gran parte de la cultura helénica, por los aportes platónicos. Los contemporáneos a Juan Sebastián, preferían a Telemann, Maurice Scève, de la escuela de Lyon, esperó desde Luis XVIII a la antología de Thierry Maulnier, para que se la situase en la línea que después culminaría con Mallarmé o en Valéry. Pero todos esos ejemplos son inútiles en Ramón Meza. Un hombre extremadamente conocido a lo largo de toda su vida, con amigos que fueron decisivos en el proceso de nuestra literatura, con los más sobresalientes puestos públicos, con una cátedra a su disposición, con una producción muy extensa, miembro de academias, que fue y siguió siendo desconocido a través de cien años. Su condición de desconocido se trueca ahora en claro enigma».²

Fue La Habana uno de los principales temas de su obra, pero no solo en lo que a su narrativa respecta; véase, por ejemplo, sus «Croquis Habaneros», que parecen responder a una prosa costumbrista. Pero una lectura detenida nos devela que estos croquis no hacen otra cosa que conformar un gran mosaico de la vida y los espacios ciudadanos de un tiempo histórico marcado por la fractura de valores sociales. Instituciones, personajes anónimos o populares, fiestas tradicionales, tiendas de chinos, oficios, zonas de pobreza humana, todo un tejido social de difíciles quilates quedó marcado en esas páginas. Resulta de interés la fuerte connotación espacial de esos trabajos. No es casual que el autor los haya denominado *croquis*. A Meza le interesa, pues, hacer determinados esbozos que van a tener, en ocasiones, una fuerte carga anecdótica y otras veces dramática. Este hombre construye con estos espacios una suerte de mapa mental de la ciudad. Por eso, en estos croquis los espacios públicos adquieren un carácter simbólico. Para él, una calle, una plaza, un parque son los escenarios en los cuales se hacen presentes no solo personas, sino también lenguajes discursivos diversos. Meza no hace otra cosa que legitimar tales ambientes habaneros e indicar su existencia a partir de reconocer en ellos características que

² José Lezama Lima: «Tersitismo y claro enigma», en Mario Parajón (Coordinador): *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Ramón Meza (1861-1961)*, p. 25, Impresores Seoane Fernández y Cía, La Habana.

los identifican. Cada uno de esos ámbitos trae consigo su propia geografía humana y, por tanto, su propio lenguaje. En un croquis como «José el de las Suertes» aparece delineado este espacio simbólico en la medida en que se hace evidente el cómo, cada una de esas zonas por él transitadas, tiene su propio lenguaje: «No es José el charlatán gracejo que provoca siempre la risa con frases groseras: tiene la discreción y el tino necesario para colocarse al nivel de su auditorio y acomodarse a sus gustos; pero eso lo mismo se encuentra ejecutando sus habilidades en el muelle, en las calles y en las tabernas, que en las salas de las casa más aristocráticas complaciendo siempre a todos. Lo cierto del caso es que hace muchos años que lleva vida independiente de bohemio ejerciendo su oficio con el cual, a trueque de algunos reales, proporciona y seguirá proporcionando al público de La Habana no pocos ratos de entretenimiento».³

Además, desde la propia perspectiva del croquis, Meza trabaja a sus personajes, de manera que, en ocasiones, muchos de ellos no tienen rostro porque, simplemente, no son más que esbozos de individualidades que hacen una gran suma. Los espacios presentados por Meza son expresión, pues, de esa quebrada entrada de la Isla a una modernidad marcada por el efecto distorsionante del mundo colonial. Tales efectos condicionan la fisonomía urbana de ese mundo citadino y Meza lo refleja a través de los ambientes interiores de casas donde perviven elementos de aquella vida colonial. En «El Lechero» se advierten estos trazos. Nótese cómo las costumbres de la casa, las funciones de sus espacios y la figura del dueño del lugar se mantienen detenidas en un tiempo pasado. Sólo la presencia del periódico, en su primera edición matutina, es un indicador de los nuevos tiempos: «No en todas las casas halla el lechero las puertas cerradas: algunas están abiertas por completo. Y entonces en el comedor, vestíbulo o antesala que esos tres destinos tienen las tales piezas de nuestras casas, siguen al zaguán, encuentra a un señor anciano de cabellera blanca, bien peinado, vestido con aseo, que sentado en un ancho butacón de cuero con las piernas estiradas en una silla, despliega los periódicos, húmedos aún, y que acaban de echar por el quicio de la puerta. Este señor es el

³ «José el de las suertes», en Mario Parajón (Coordinador): *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Ramón Meza (1861-1961)*, p. 166, Impresores Seoane Fernández y Cía, La Habana.

jefe de la casa: una señor del tiempo antiguo, que todavía conserva la costumbre de acostarse al toque de ánimas y levantarse al canto de un par de gallos que se pasan la mañana picoteando las hormigas que cruzan por entre las uniones del patio».⁴

La Habana es asumida desde una visión poliédrica. Es la ciudad que muestra sus muchas caras, que parecen no tener relación entre sí. En «El carbonero» tal enfoque multifacético alcanza momentos de real tensión descriptiva en lo que al espacio se refiere. La presencia de los asiáticos, esa otra esclavitud presente en la Isla y apenas estudiada, toma cuerpo en este trabajo con una intensidad dramática extraordinaria. Tal parece que esos hombres, como resultado del trabajo constante con el carbón, adquieren el negro color de la hulla. Por otra parte, Meza trabaja el espacio como contrapunteo de zonas polares. En «El carbonero», ese contrapunteo queda reforzado por los tonos de luz y color que conforman, junto con los ruidos, una visión deshumanizada del progreso que significa semejante combustible: «Sin embargo, no siempre está sombrío aquel recinto de paredes, de techo, de suelo, de telarañas, de muebles ahumados, repletos de hollín. Tal vez a la caída de la tarde el sol penetra por la puerta y traza una línea diagonal que se pierde frente al flotante cisco antes de llegar al suelo. Aquel escaso rayo de luz parece reavivar allí con su calor la vida. Ojos verdosos de sucios gatos brillan entre las grietas del muro de carbón. Un gallo, de indefinible color, salta al banco o a la escalera y canta y aletea levantando densas nubes de polvillo negro. Es que los seres encerrados en la tenebrosa cueva saludan alegremente aquel destello de vida que les llega del mundo exterior y del cual, sin duda, que les separa infranqueable muralla de cisco. De noche la luz de petróleo auxiliada por poderoso reflejo y que arde dentro de prismático farolillo, o bien un mal candil con aceite de olivo que humea apenas si logran romper, con sus claridades rojizas, la compacta masa de tinieblas».⁵

Esta es, al decir de Meza, una de las consecuencias del progreso; la otra, igualmente amarga, queda expuesta en apenas unas líneas: «Sin embargo, no es raro que alguno se frote, se enjabone, se enarene, exhale de sus pulmones y bronquios cisco de carbón gira en torbellinos como lanzado por enérgico soplete,

⁴ «El lechero» en ob. cit., p. 149.

⁵ «El carbonero», en ob. cit., p. 142.

deje sus sandalias y sacuda su ropa en el umbral del oscuro templo; y limpio, aseado, otro hombre ya, se eleve, se eleve... y por metempsícosis indubitable quede transformado en concejal». ⁶ Apenas es el año 1889 cuando se publican estas líneas que parecen anunciar a Carlos Loveira con *Generales y doctores* y la continuidad de una especie de picaresca criolla mezcla de humor, decepción y amargura.

Más tarde, a partir de 1899 aproximadamente, Ramón Meza comienza a publicar una serie de trabajos que vuelven a tener como tema la ciudad, pero ahora desde una perspectiva urbanística. Ya no es la visión del articulista, sino la del sujeto que mira su ciudad desde la óptica de su crecimiento y sus incesantes cambios. Publicados en el *Diario de la Marina, Cuba y América*, *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, entre otras revistas y periódicos, estos trabajos centraron su interés en temas como «La calle Obispo», «Con lo que contribuye la propiedad urbana» o ese texto que llama la atención por la concepción moderna de la educación en él expresado, «El edificio Escolar [sic]». Parece ser, en este último caso, que Meza muestra su vocación como pedagogo y propone cómo debe ser la estructura interna una edificación de este tipo en relación no solo con su distribución espacial, sino también en sus funciones. Se manifiesta la necesidad de que la escuela vaya más allá de sus muros y entre en una determinada relación con su entorno. La distribución espacial debe contribuir a despertar el interés de los educandos por las ciencias en un ambiente de creación y respeto. La fecha de este trabajo es de 1910. ⁷ Muchos más fueron los textos de Meza en esta línea, por ejemplo, «De la educación en Cuba. Datos históricos» publicados en la *Revista de Educación* en La Habana en 1911. Estos trabajos abarcaron desde los orígenes de la enseñanza en la Isla en el siglo XVI hasta el siglo XVIII. ⁸ Llama la

⁶ *Ibid.*, p. 143.

⁷ Es interesante señalar que ese trabajo comprende las partes siguientes: I. *El assembly hall*. Medio de educación social; cultura cívica. Fiestas escolares: su objeto principal. Influencia en las costumbres públicas. Conferencias sobre urbanidad y moral. II. *El Museo Escolar*: Auxilio que presta a la enseñanza objetiva: su utilidad. El estudio de las industrias, riquezas y materia prima locales. Formación de estos museos. III. *El trabajo manual*. Los conocimientos primarios: su objeto útil. Instrumentos de educación elemental. Práctica y consejos de algunos célebres pedagogos. Trabajos de niños y de niñas. Dominio y conocimiento de las cosas naturales. Industria y economía nacionales. IV.

atención —y reafirma cuán olvidado, injustamente, ha sido este autor— que ni estos artículos de Ramón Meza ni tampoco la revista en la que se publicaron, figuren en la bibliografía referida por Enrique Sosa y Alejandrina Penabad Félix en su *Historia de la educación en Cuba*, publicada en La Habana por la editorial Pueblo y Educación en 2001.

Amigo personal de Julián del Casal compartió con él las lecturas habaneras de aquella literatura europea que traía consigo el Conde Kostia. A pesar de esto, años después negaría toda posible influencia. No obstante, al leerlo con detenimiento, se hacen obvios en su prosa ciertos ecos de autores como Baudelaire, Rimbaud y Huysmans, y Edgar Allan Poe entre otros. En su «Autobiografía» publicada en *Helios*, en 1910, un año antes de su muerte, afirmó: «Perdonadme otra vez. No comprendo aún bien a Rubén Darío ni a Santos Chocano; el gusto de mi paladar está más acostumbrado a la poesía de Acuña y de Peza. Me quedo con Campoamor, Bécquer y Núñez de Arce y dejo a un lado a Salvador Rueda. No comprendo aun bien la prosa ni menos la ortografía de Blasco Ibáñez; saboréome con la de Pereda y Juan Valera».⁹

Hay un desbalance en sus textos de ficción en lo que a la calidad se refiere. Sin embargo, aun en aquellas novelas con las que no alcanzó una determinada altura como narrador, hay elementos que las hacen necesarias para cualquier estudio —tanto sociológico como culturológico— de la sociedad habanera finisecular. Es cierto, como en su día apuntó Calvert Casey, que

Otras dependencias. Cada escuela debe constituir un organismo atrayente. Misión del Director de la escuela. Sala de despacho: recibidor. La Biblioteca. El Museo escolar. El peso y la medida como bases seguras de la ideación. V. *El jardín escolar.* Ventajas del jardín sobre el patio de las escuelas. Cómo deben situarse y construirse los jardines escolares en la ciudad. Utilidad del jardín. Amor hacia la naturaleza. «Bibliografía de Meza», en: Mario Parajón (Coordinador): *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Ramón Meza (1861-1961)*, pp. 248-249, Impresores Seoane Fernández y Cía, La Habana.

⁸ El estudio quedó sin terminar por haberlo interrumpido la muerte inesperada del autor, quien tenía el propósito de ponerle, como título definitivo: *Historia de la Educación en Cuba*. «Bibliografía de Ramón Meza», en: Mario Parajón (coordinador): *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Ramón Meza (1861-1961)*, p. 250, Impresores Seoane Fernández y Cía, La Habana.

⁹ Ramón Meza: «Autobiografía», en Mario Parajón (coordinador): *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Ramón Meza (1861-1961)*, p. 14, Impresores Seoane Fernández y Cía, La Habana.

por lo general acompañó a Ramón Meza lo que aquel denominó una «mala crítica».¹⁰ La mala crítica, pues, suele acuñar muchas veces determinados juicios que luego son repetidos por otros sin previo análisis: este es un hecho que se ha repetido con cierta frecuencia en la cultura cubana. Tal es el caso de una novela de Meza, *Carmela*, que fue publicada en 1886. Muchos —incluso el propio Villaverde— vieron en ella una segunda *Cecilia Valdés*, pero nada más lejos de ella que este texto de Meza. Si en *Cecilia Valdés* el tratamiento de la cuestión negra, como bien ha señalado Reynaldo González en *Contradanzas y latigazos*, hacía visualizar las consecuencias que traería para la sociedad insular la discriminación racial, en *Carmela* se muestran tales efectos de forma directa y desgarradora. Los personajes de Joaquín y Carmela, protagonistas de *Carmela*, no tienen un final como el de Cecilia y Leonardo. Lo que sufrieron ambos, fue una transformación tal, que acabaron por convertirse en seres verdaderamente despreciables. La decepción que sufren, marcada por la frivolidad de ambos, los llevó a su propia autodestrucción. Sus miedos, ambiciones, dobleces y complejos están, nadie lo duda, condicionados por una sociedad psicosocialmente fracturada y en crisis: «Cuando salieron de la habitación, dados del brazo, para pasear, mientras esperaban la hora del almuerzo, caminaban abochornados; creían ver en todos los semblantes una mirada irónica, una sonrisa de burla. Y lo que

¹⁰ «Después de anotar la influencia de la picaresca española en la novela de Ramón Meza y de anunciarlo como el futuro crítico picaresco de la sociedad criolla, Manuel de la Cruz declara su entusiasmo por *Carmela* y reproduce en la semblanza que hace del autor un párrafo de pésimo gusto. Varona revela su miopía literaria cuando prefiere a *Carmela* y niega *El duelo de mi vecino*. Villaverde ve a Cecilia perpetuarse en *Carmela* y asiente entusiasmadamente desde Nueva York. Todos se encantan con *Carmela* o con *Últimas páginas*, alaban al joven escritor por seguir los pasos del maestro ausente. Martí, más al tanto de las corrientes modernas, es el que menos yerra. El creador quiere volver por sus fueros con *Don Aniceto el tendero*, que escribe a los 27 años, pero la primera visión ha sido abandonada tras *El duelo de mi vecino* y *Mi tío el empleado*. Pronto la abundante producción inicial se extingue, su desorientación es completa. O la mala crítica, la única que puede existir en una colonia, confunde a Meza para siempre, o Meza es un producto colonial y otro confundido más, incapaz de tener conciencia de lo que quiere, paz de espíritu para desarrollar su fuerte vocación literaria». Calvert Casey: «Meza literato y los Croquis Habaneros», en: Mario Parajón (coordinador): *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Ramón Meza (1861-1961)*, pp. 174-175, Impresores Seoane Fernández y Cía, La Habana.

más les apenaba era ver aquella indiferencia general de huéspedes y criados a la cual no los tenían acostumbrados en sus casas».

La hora del almuerzo fue para ellos un verdadero tormento. Por más que Joaquín quisiera mostrar cierta entereza y serenidad, realmente, creíase empujado, débil.

«Cuando vinieron a cobrarle la cuenta del hospedaje, al pasar su vista por aquellas columnas de números y por aquella lista de objetos en que casi no se había fijado hasta entonces, se entristeció. Todo, hasta lo más insignificante, tenía su precio. Todo debía pagarlo y la cifra total era casi la mitad del dinero que para aquella insensata fuga había logrado reunir».¹¹

No se trata de echar a un lado esa parte endeble de la obra de Ramón Meza; por el contrario, se precisa abarcar esta en toda su magnitud. Mario Parajón, al juzgar la obra narrativa de Meza, señalaba que éste, más que personajes, creaba títeres porque el escenario habanero de la época semejaba una especie de retablo donde hombres y mujeres parecían haber perdido toda voluntad propia. Sin embargo, el mismo Parajón añadía: «No siempre intentó Meza, desde luego, hacer novelas titiriteras. Se habría ofendido si alguien le dice que *Carmela* o *Últimas páginas* pertenecían a ese género. Son, por el contrario, relatos muy serios. Aunque se podría añadir: muy flojos, además de muy serios; muy alejados de nuestro gusto, demasiado ingenuos y acaramelados. Podríamos quedarnos con *Mi tío el empleado*, con algunos pasajes de *Don Aniceto*, con el ensayo sobre Casal y con algunos artículos. Ese sería el Meza bueno; y el otro sería el desechable. Cometeríamos un error. El autor de *Mi tío el empleado* lo fue también de *Carmela*. Se trata de encontrar al hombre que fue capaz de hacer ambos libros. Algo tiene *Carmela* de *Mi tío el empleado* y viceversa: una concepción del mundo. Es esa concepción la que hay que descubrir».¹²

Hay otro segmento poco conocido de Ramón Meza: su dramaturgia. Parece haber escrito tres comedias de las que solo nos ha llegado el texto no publicado de «Una sesión de hipnotismo». Al comentar esta obra Virgilio Piñera señaló que

¹¹ Ramón Meza: *Carmela*, p. 117, Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1978.

¹² Mario Parajón: «El autor de *Carmela* y *Mi tío el empleado*», en Mario Parajón (Coordinador): *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Ramón Meza (1861-1961)*, pp. 33-34, Impresores Seoane Fernández y Cía, La Habana.

no salía tan mal parada desde el punto de vista teatral. Por eso advierte: «Se ve que Ramón Meza tuvo el impulso de hacer teatro y lo hizo de un tirón [...]»¹³ El teatro no estaba al margen de los problemas de la Isla y la escena también era un espacio propicio para aunar voluntades frente al influjo foráneo español. No se trataba de rechazar las producciones extranjeras, al contrario: La Habana finisecular es la ciudad que está acostumbrada a recibir a las grandes compañías operáticas francesas e italianas y que vive el auge de la zarzuela española. Lo que urgía por entonces, era encontrar lo que hoy llamaríamos un teatro nacional.

Fue la prosa reflexiva otra de las zonas de creación de Ramón Meza. Una de esas vertientes fueron sus textos acerca de la historia cultural de la Isla. El historiador Evelio Rodríguez Lendían, en su «Elogio de Ramón Meza Suárez Inclán», leído en la Academia de Historia de Cuba el 5 de diciembre de 1905, advertía: «Los trabajos históricos de Meza pueden clasificarse en tres agrupaciones distintas, a saber: artículos relativos a costumbres de nuestro pueblo, descripciones de monumentos y lugares y biografías de cubanos ilustres o españoles beneméritos».¹⁴ En esta línea, Rodríguez Lendían ubica también los textos siguientes: *Sociedad Económica. Sus benefactores*; *Estudio histórico-crítico de la Ilíada y la Odisea*, y *La obra póstuma de Mitjáns. Examen y anotaciones*.

Dentro de aquellos trabajos de temática histórica y, especialmente vinculado a las costumbres, está el que le dedica a El Vedado que parece ser, desde entonces, un espacio recurrente para ciertas figuras de la literatura insular por el carácter simbólico que adquirió el reparto en lo que al crecimiento de la ciudad se refería. Al lado de esto, El Vedado, como otras zonas de una ciudad que crecía por los cambios económicos, eran temas recurrentes de las crónicas periodísticas de la época. Justamente, en su libro *Una sociedad en crisis. La Habana a finales del siglo XIX*, María del Carmen Barcia apunta: «Las mujeres recorrían en grupos las calles de Obispo y O'Reilly, se volvían locas por los abanicos que reproducían escenas toreras y compraban banderillas de lujo. Los hombres, cámara en mano, recorrían la Plaza de Armas, tomaban fotos del Castillo del Morro, visita-

¹³ Virgilio Piñera: «Breve aventura teatral de Ramón Meza» en ob. cit., p. 94.

¹⁴ Evelio Rodríguez Lendían: «El historiógrafo», en ob. cit., p. 168.

ban la tumba de Colón y finalmente se iban a la Valla de Gallos. También organizaban excursiones a El Vedado, Cerro y Palatino. Los hoteles cambiaban de fisonomía y se adaptaban a la nueva situación: anunciaban tener baños con agua fría y caliente, elevadores y el conocimiento de varios idiomas para comunicarse».¹⁵

La obra póstuma de Aurelio Mitjás, *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*, publicada por suscripción popular en 1890, fue objeto de análisis para Ramón Meza en uno de sus ensayos más penetrantes acerca del devenir de la cultura insular. El interés por este texto ya estaba avalado por Rafael Montoro, quien, en el prólogo a aquella primera edición, había dicho sobre este libro: «No es una *Historia de la literatura cubana*, ni podría serlo; porque no tenemos, ni es posible que tengamos literatura propia y determinada, cuando no la tiene ningún otro pueblo de América, sin exceptuar, propiamente hablando, a los Estados Unidos; sino una *Historia del movimiento científico y literario en Cuba*, que ya necesitábamos, y que aventaja, por más de un concepto, a la obra misma de Burinot sobre *El desenvolvimiento intelectual del pueblo canadiense*, que es sin disputa, una disertación interesantísima».¹⁶

El ensayo de Ramón Meza sobre la obra de Mitjás apareció en la *Revista Cubana*, dirigida entonces por Enrique José Varona. Mostró Meza todos sus conocimientos no solo acerca de lo que hoy llamaríamos los procesos culturales en Cuba, sino también sobre los métodos y procedimientos necesarios para llevar a cabo un trabajo como el que Aurelio Mitjás legaba a la cultura cubana. Dice Ramón Meza, desde los primeros momentos de su análisis, que una obra de esta magnitud no había sido escrita antes en Cuba y que, a pesar de haberla dejado inconclusa y carecer de tiempo para su revisión, el autor: «[...] ha desplegado más que las envidiables dotes de su talento crítico, una erudición profunda y vasta adquirida por medio del estudio perseverante, directo, que le permitió, primeramente abarcar en todo su

¹⁵ María del Carmen Barcia: *Una sociedad en crisis: La Habana a finales del siglo XIX*, p. 114, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 2000.

¹⁶ Rafael Montoro: Prólogo a: *Estudio sobre el movimiento científico y literario en Cuba*. Obra póstuma de Aurelio Mitjás. Publicada por suscripción popular, pp. XXV-XXV, Imprenta de A. Álvarez y Cía., La Habana, 1890.

conjunto la materia para exponerla luego con un método digno de mayor encomio». ¹⁷

Para Meza, todo investigador de la historia y la cultura cubanas, tiene que saber manejar los documentos e ir en su búsqueda. Le confiere Meza al dato histórico, comprobable a través del documento, una importancia capital. Una de las observaciones que le hace a Mitjás es la de haber repetido, sin comprobación previa, ciertos datos ya expuestos por otros autores y que Mitjás dio por exactos. Así, Meza observa: «Discretamente rehúye [sic] el Sr. Mitjás entrar en consideraciones acerca de la influencia que pudo tener en el desarrollo de nuestras letras la introducción de la imprenta pero de paso dice “verdad es que la imprenta se conoció entre nosotros desde bien temprano; ya en 1698 se introdujo en Santiago de Cuba”» afirmación con la que no estamos conforme, por creer que aun constituye muy oscuro punto de nuestra historia la fecha exacta y aun el lugar en que se implantó por vez primera la imprenta en Cuba. El Sr. Mitjás ha tomado este dato del Sr. Bachiller y Morales pero hay que tener en cuenta lo que anotan respecto del particular otros autores y aun el mismo Sr. Bachiller en época posterior a la publicación de sus *Apuntes*. Es este punto tan importante que nos parece oportuno discurrir algo sobre él. D. Ambrosio Valiente en su *Tabla cronológica de los sucesos ocurridos en Santiago de Cuba* es quien fija primeramente, la introducción de la imprenta en dicha ciudad en el año 1698. Luego D. L. Bravo en el *Álbum Cubano* afirma que vio en documentos en archivos de Santiago de Cuba que la imprenta se introdujo en la indicada fecha. Bachiller y Morales, recomendando la conveniencia de ratificar esta fecha, pues otorgaría a Cuba la gloria de ser una de las provincias americanas en que primero se conociera el noble arte de Gutenberg, no parece muy convencido de argüir a lo manifestado por D. Antonio Valiente, a quien trata de amigo y apreciable discípulo, que no logró ver impreso alguno de la parte oriental de la Isla del año en que se instaló la imprenta, indujo al Sr. Bachiller y Morales a indicar que pudiera fijarse entre 1700 y 1747. La primera fecha obtúvola tradicionalmente de algunas personas que alcanzaron las postrimerías del siglo XVIII y que le aseguraron la existencia de la imprenta por entonces, haciéndole

¹⁷ Ramón Meza: «La obra póstuma de Aurelio Mitjás. Examen y anotaciones», en *Revista Cubana*, p. 37, abril de 1891.

suponer que se referían al establecimiento de la imprenta particular. Y la segunda fecha, 1747, corresponde a la instalación de la imprenta de la Capitanía y Gobierno de la Habana.¹⁸

Por la magnitud de esas observaciones, podemos percatarnos no solo del conocimiento de Meza sobre la historia insular, sino también de cómo nuestros procesos históricos estaban fragmentariamente recogidos, lo cual estaba sucediendo por el diferente desarrollo de las regiones de la Isla; todavía la historiografía cubana adolece hoy de serios problemas por falta de un eficiente enfoque de historiografía regional o regionalística. Había una determinada escritura de la historia insular, pero se carecía de una historia realmente integradora. Era necesario ordenar y valorar datos para poder llegar a tener una visión de conjunto. Esa es una de las principales observaciones de Meza a Mitjás; por eso, advierte: «A las fuentes a las que ha acudido el Sr. Mitjás y que anota en los *Preliminares de su Estudio*, pueden añadirse, en nuestro concepto, para completar la reseña de la instrucción en diversos puntos de la Isla, la *Memoria histórica, geográfica y estadística de Cienfuegos y su jurisdicción* por D. Enrique Edo y Llop, riquísima en datos y que supera la anteriormente escrita por D. Pedro Oliver y Bravo; y la *Historia de la Villa de Guanabacoa* por D. Félix Vidal y Cirera».¹⁹

Las observaciones de Ramón Meza se convirtieron en un apéndice necesario al texto de Aurelio Mitjás. Por eso, en la edición realizada en 1963 del *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba* se señala: «Como complemento de este estudio de Mitjás, publicamos también, el trabajo de Ramón Meza, aparecido en la *Revista Cubana*, con éste que viene a ser, según Rodríguez Lendián, hermoso complemento del de Mitjás, hasta la fecha en que éste tuvo a bien cerrarlo, año de 1868; y desde esta fecha continuación de él, escrito por lo menos, con igual competencia, erudición y espíritu crítico que Mitjás».²⁰

Años después, en septiembre de 1910, publica primero en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, y, un mes después, en *El Fígaro* su ensayo sobre la figura de quien fuera su entrañable

¹⁸ Ramón Meza: «La obra póstuma de Aurelio Mitjás», en *Revista Cubana*, pp. 301-302, abril de La Habana, 1891.

¹⁹ *Ibíd.*, pp. 37-38.

²⁰ Nota preliminar a *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*, p. XIV, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963.

amigo, Julián del Casal. Ramón Meza no solo hace un recuento acerca de su relación con el poeta, sino también expresa una serie de valoraciones sobre la obra casaliana, las cuales en nada han perdido su vigencia. Fue, junto con el obituario que le dedicó José Martí a Casal, las dos valoraciones más agudas sobre la obra de uno de los fundadores del modernismo literario en la Isla. Nadie mejor que Meza para hablar sobre la formación literaria de Julián del Casal: «¿Qué no leímos? ¿Qué autor de universal celebridad no conocimos? Aquella mole abrumadora de libros empezó a pesar sobre nuestros pulmones. Nos dio tos y fiebre. Yo hube de combatirla con gimnasio y esgrima: Casal, menos constante y un tanto enfermo de la voluntad, continuó su vida sedentaria de enclaustrado; sus vigiliass a lo Alfred Musset, que aseguraba favorecían su inspiración, le dañaban. Trabajábamos algo, bastante. Además de nuestra ocupación diaria, él de escribiente en la Hacienda; yo en el bufete, nos ocupábamos con toda puntualidad en la semanal tarea de redactar *La Habana Elegante* de nuestras lecturas e investigaciones; y por si fuera poco, íbamos a la Biblioteca de la Sociedad Económica a copiar, página por página, obras de Cirilo Villaverde, residente en Nueva York, que deseaba completar y publicar. Así pudieron darse a la prensa: *El Penitente*, *Dos Amores*, *La Peineta Calada*, *La Excursión a Vuelta Abajo* cuyos manuscritos, de puño y letra de Casal principalmente, y míos pasaron a la imprenta. Manuel de la Cruz y Aurelio Mitjás nos acompañaban en esta tarea, pero el primero se quedaba entretenido ante los infolios del Inca Garcilaso, Oviedo, Herrera y con el Padre Las Casas en su famosa *Historia de las Indias*: y el segundo andaba tras de documentos para su *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*».²¹

La ruptura de Julián del Casal con Víctor Hugo y con otros grandes románticos europeos queda reseñada en este ensayo de Meza. Así, expone Meza cómo se produjo este proceso de ruptura y cómo descubrió Casal, paulatinamente, a las figuras de Baudelaire, Guy de Maupassant, Pierre Loti, Teodoro de Banville y Leconte de Lisle, hasta llegar a hacer un verso nuevo en la Isla. Los grandes temas casalianos son presentados a través de algunos de los poemas cuidadosamente escogidos por Meza.

²¹ Ramón Meza: «Julián del Casal», en Mario Parajón (Coordinador): *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Ramón Meza (1861-1961)*, p. 208, Impresores Seoane Fernández y Cía, La Habana.

Entonces, textos como «Kakemono», «Sourimono», «Tras la ventana», «Una maja» y, por supuesto, «Nihilismo», son expuestos por Meza como muestra de ese innovador lenguaje que emprendía Julián del Casal. Pero Meza no se limita a copiar estos poemas, sino que explica al lector cómo nacieron algunos de ellos: su estrecha relación con Julián del Casal le permitió hacer semejantes observaciones. Meza explica cómo y por qué nacen las crónicas de Julián del Casal. Se refiere a la influencia que ejerció sobre este poeta la figura de Madame Juliette Lambert, quien había recogido en libro sus propias crónicas parisinas. La mirada crítica de Meza sobre la obra de Casal permite descubrir en sus versos la presencia de autores cubanos como José María Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda. Pero no pudo percatarse Meza, como tampoco esa otra entrañable amiga del poeta que fue Aurelia Castillo, de que lo que estaba sucediendo no era otra cosa que el nacimiento de una nueva escritura para Cuba. Por eso, fue Meza tan cauteloso al decir: «A pesar de todo, Casal tenía un fuerte escudo en su natural buen gusto, y en su vasto estudio y cultivo de la verdadera, de la buena poesía, que no llegaron a perturbar, a pervertir mejor, sino algo tarde y con rebeldía y lucha, los ideales y cánones de las flamantes y novísimas escuelas. Se asimiló, si no lo bueno, lo menos malo y perjudicial; no extremó, sino que por el contrario, muy parco fue en seguir los empeños de los simbolistas de reformar la prosodia del idioma y enriquecerla con vocablos originales, nuevos, exóticos; y tampoco, aunque admirador de Ricardo Wagner, en llevar las ásperas disonancias de su música al verso nuevo».²²

La obra de Ramón Meza, pues, sigue a la espera de nuevas lecturas que lo rescaten de esa «mala crítica» de la cual ha sido víctima. Urge no es solo el estudio de esta singular figura de la cultura, sino una mirada mucho más aguzada y crítica al pasado cultural que sirvió de cimiento para la construcción de la cultura nacional.

²² *Ibidem*, p. 237.